

Miguel Oscar Menassa

Hoy cumples 77 años, para ti que todo lo pasaste por la escritura, también el juego y el azar, debe de ser un año doblemente mágico y augura muchos éxitos en los encuentros amorosos con la diosa fortuna.

Para Pitágoras el 7 era el número perfecto. Un número de contrastes que representa desde las siete maravillas del Mundo a los siete pecados capitales.

“El número siete -dijo Hipócrates- por sus virtudes ocultas, tiende a realizar todas las cosas; es el dispensador de la vida y fuente de todos los cambios, pues incluso la Luna cambia de fase cada siete días: este número influye en todos los seres sublimes”. Y seguro que si alguien es capaz de cambiar y hacer honor a su edad a los 77, ese eres tú.

Siendo escritor: un alcahuete de tu tiempo, como tú mismo dices en tus obras, frente a la tarea de escribir unas palabras para celebrar contigo tu nuevo nacimiento, esta vez quise rescatar lo aún no escrito, alguna de esas historias, cuentos reales, que nos has contado de viva voz en reiteradas ocasiones y que no he leído aún en tu escritura y de los que, como en las parábolas, las fábulas y los mitos o la poesía de los pueblos, siempre se obtiene una lección si se está dispuesto a ello.

Como psicoanalista resolviste algunos casos de una manera poco convencional, a veces, casi heroica, como es siempre la tuya, que ya nos confiesas en tus escritos “normal, normal, no pude nunca”.

Recuerdo aquel en el que un paciente, identificado con un can, estaba escondido debajo de la cama hacía varios días, emitiendo un agudo ladrido de cachorrillo. Los familiares lo rodeaban y los instaban a salir de allí para poder continuar con cierta normalidad la vida de la casa, pero no había palabra que lo movilizara. Entonces llamaron al psicoanalista. Tengo que reconocer que cuando escuchaba estos relatos, me imaginaba una entrada heroica en la casa, con el personaje del psicoanalista cubierto con ropajes de superhéroe. Seguramente iba simplemente elegantemente vestido, entró pues en la casa el psicoanálisis, y todo el mundo esperaba el milagro. Frente a esta escena, Menassa se arrodillo hasta la altura del paciente, metió su recién estrenado hocico bajo la cama, y ladró con mucho más intensidad y gravedad que aquella criatura. El paciente, asustado, abandonó rápidamente sus posiciones subtalámicas y salió corriendo, pero una vez fuera y vencido en la primera contienda, pudo comenzar a conversar, y este fue el principio de

su psicoanálisis. La interpretación psicoanalítica necesaria puede ser a veces un gesto inesperado, que tiene efecto de palabra.

Este otro es muy bueno, porque posiblemente, no sea un hecho que haya afectado puntualmente a la vida de un ser humano, sino que ha tenido un impacto en la historia de la psiquiatría. El psiquiatra David Cooper, padre del movimiento de la antipsiquiatría, y autor de libros como *La muerte de la familia*, o *Razón y violencia*, que viajó a Argentina, porque, entendiendo que la locura era un efecto del sistema, y había que revolucionar el sistema para curarla, consideró que este era un país potencialmente revolucionario.

Y no se equivocó mucho, para él lo fue, porque se encontró con Menassa. Lo cierto es que no hablaba ni una palabra de castellano, aprendió algunas para comunicarse con él. La historia empezó cuando Cooper quería suicidarse en el Río de la Plata, este río, de un color francamente marrón, fue bautizado por Borges como el río color de león. Menassa lo convenció de que no se arrojara con el siguiente argumento bastante original, traducido por una de las amantes de Cooper: “David, no te puedes suicidar aquí, es un río muy sucio”. Lo cierto es que el argumento lo convenció para seguir viviendo y escribir después varios libros fundamentales para la historia de la psiquiatría.

Otro día, Cooper permanecía encerrado en una habitación de un hotel, bebiendo whisky sin parar, tumbado en la cama y desnudo. Muchos psicoanalistas de Buenos Aires habían intentado entrar en aquella habitación, pero nada más escuchar la apertura de la puerta y verles asomar sus cabezas, Cooper les arrojaba una de las botellas vacías del licor de malta que había coleccionado sobre la cama en los días de encierro.

Llamaron entonces al superhéroe del psicoanálisis, para que deshiciera el entuerto. Frente a la puerta de la habitación en la que estaba Cooper, un Menassa joven y valiente, recordó que los psicoanalistas le habían destacado en el relato de sus intentos frustrados de rescate, que Cooper yacía desnudo, optó nuevamente por una solución inusitada. Se desnudó él también en la puerta de la habitación del hotel antes de entrar, y así, cuando se descorrió el telón y Cooper vio a Miguel, como él lo llamaba, de esta guisa, se le cayó de la mano- supongo que del asombro- la botella de whisky vacía que estaba dispuesto a arrojar al siguiente visitante que le importunara. Así, el psicoanálisis pudo entrar en la habitación y logró sacarlo de allí.

Pero Cooper insistió tanto en sus locuras, que los propios ¿psicoanalistas? que lo rodeaban, decidieron que había que ingresarlo en un psiquiátrico: opción por la que Cooper había estado luchando toda su vida en contra. Cuando llamaron a Menassa, tarde ya, Cooper estaba subido en la ambulancia e inmovilizado, por la ventanita de atrás de su improvisada cárcel motorizada, como un pez metido en su pecera, dirigió a Menassa estas palabras: Discretion, Migüel, discretion. El poeta comprendió y escribió más tarde: “En los países occidentales, la locura, si no te la comprueban, tiene premio.” Una cosa es la locura y otra el exhibicionismo de la locura.

Hay muchos otros relatos, hay muchas otras historias de un hombre generoso, trabajador, un psicoanalista con un genio singular, un hombre de esos que la historia tarda siglos en parir, una escritura que ha revolucionado el campo del psicoanálisis y de la poesía, un hombre que se ha acercado mucho a la posibilidad de humanidad que los textos que él dice que lo fueron haciendo proponen. Una escritura valiente, toda del psicoanálisis y la poesía. Yo me había propuesto una tarea para poder realizar este escrito: releer la obra poética de Menassa, no pude concluirlo del todo antes del día señalado, pero he leído unos doce libros en los últimos quince días, y ha habido tantas frases que me han impactado, que no puedo elegir sólo algunas. Versos memorables, sólo por ellos valió la pena escribir toda una obra de más de cincuenta títulos. El mejor homenaje para un escritor que cumple 77 años, es leer su obra. Los invito a esa celebración que puede transformar también sus vidas.